

Lo que me dijo un esqueleto

por Julio Flore

... Me hablaban. Sentí un estremecimiento en las sombras y al una vez que me dijo: — ¡Levántate! Hoy es el día de todos los santos y hoy tendrás muchas visitas. Despierta pólvora vano que hace mucho que duermes.

Una luz indescriptible iluminó de pronto el horrible recinto en que me hallaba. A mi derecha, acurrucado y tiritando de frío, reía otro esqueleto, húmedo y amarillo, con una risa espantosa, horrible, siniestra.

¿En dónde estaba yo? En la tumba. De repente pensé, y a mi memoria vinieron los recuerdos de mi última agonía. Después de haber recibido el desdén de la mujer que había sido en el mundo el sol, el bello sol de mi alma, me enloquecí; y una noche muy negra llegué a mi casa con el pecho henchido de amareros sollozos.

Tembé al mirarla. Esa soledad era profunda. Entonces, bañado en sudor frío, la dije estas palabras: — Me has herido el corazón de muerte... está sufriendo mucho... y vengo delante de ti, a acelerar su inmensa agonía. Agarré con mis manos temblorosas una arma fría que llevaba conmigo.

Una nube roja me empañó los ojos; mi amada no podía estar en pie; quiso hablar, pero las palabras se le helaron en la boca livida como su rostro... ¡Ah, si hubiese hablado!... tal vez...

Recordo la detonación. Al rodar mi cuerpo por el suelo como una masa inerte, bañado en sangre, aquella mujer cayó sobre mí como una losa, hincando a raudales. Convulsa me besaba en la frente; en la boca, me pedía perdón y apretaba con su manecita pálida su cabellera blonda, sobre la herida de mi frente, que manaba sangre a borbotones, como queriendo con las delgadas hebras de sus cabellos, detener esa sangre que huía con mi vida. Su boca anhelante humedecía mis labios cuando dejé de respirar.

¿Cuánto tiempo hacía que estaba en la tumba? No lo sé... pero mi carne había sido devorada por los gusanos. Me llevé la mano a la frente, temeroso de que aquello no fuese más que un sueño; pero tropecé con el agujero, que había formado la bala al penetrar.

Una lluvia de blondos cabellos resbaló lentamente por entre mis dedos descarnados. — Son de ella, exclamé con voz ronca. ¡Cuántas veces los había acariciado! — Sí, murmuró el esqueleto que miraba a mi lado, ella desesperada por tu suicidio, cortó sus trenzas y rogó fuesen colocadas entre tus manos al dejarte para siempre en esta cueva.

— ¡Y quién eres tú, esqueleto horrible!, pregunté al montón de huesos que me hablaba. — Soy la muerte, me replicó, yo soy quien te he despertado. — Y se echó a reír. — Y bien, si eres la muerte, ¿por qué le brindas ahora la vida a un esqueleto?

— Oyeme: la noche que te suicidaste, dijiste al expirar: devuélveme la vida. Era imposible devolvértela entonces, y hoy que puedo, lo hago.

Hace seis años que moriste. Hoy es el día de todos los santos y hoy tendrás muchas visitas. — Y comenzó a reír de nuevo. — Y vendrá, ¿no es cierto? — Ya lo creo, como que por aquí tiene un pedazo de sus entrañas. Y luego confirmó: — ¡Ves esa rendijita, aquí, detrás de tu lápida? Por ahí podemos ver a los visitantes. Asímate y mira.

Acurrucado me asomé, y reconocí aquel sitio del cementerio. Los árboles se mecían meneando con pereza sus copas maeleñitas. Un perfume delicioso de flores recién abiertas entraba por aquella huertecita. El sol estaba en un poco alto. La hierba muerita y hollada apenas se movía a impulsos del viento. ¡Oh, qué hermoso me parecía el mundo y eso que no miraba más que el cementerio.

Entré varios grupos de personas que pasaban reconociendo a muchos amigos míos, que charlaban bajo las flores de los cipreses; sentí ímpetu de abrazarlos y esperé con impaciencia que alguno de ellos se acercara a mi desierta fosa. Pero, ¡oh, decepción!, al poco tiempo se dispidieron sin lanzar una mirada siquiera sobre mi destendida lápida!

De cuando en cuando llegaba a mis oídos el eco triste de los sermones de los clérigos. De repente, por entre los sepulcros viejos, una mujer de ojos negros, granales y brillantes apareció, entre mis cuencas vacías, como una visión celeste. Mis huesos crujieron y estuve a punto de romper la lápida que me impedía llegar a ella... pero mi compañero me detuvo. Traía una corona de flores blancas y azules. Venía con dirección a mi tumba. Era mi novia. ¡Qué dulce es la fricción de un esqueleto, al ver la mujer por quién ha dejado la vida!

— ¡Ya llega, decía yo, viéndola acercarse, ya llega, ya está aquí... pero, ni una mirada tampoco. Pasó, pasó silrosa con su linda corona. Entonces, un estremecimiento poderoso escarrió por mis huesos y dos gotas de sudor quemante cayeron de las cuencas de mis ojos. Sentí rabia y quise de nuevo desprender la lápida, correr a ella y arrojarle a la cara aquel montón de huesos, que en ese instante rompía y estrujaba entre las falanges de mis dedos; pero tan sólo pude murmurar: ¡Ingrata!

Mi compañero volvió a detenerme. — Déjala, me dijo, pobre esqueleto, ella va en busca de la tumba de su hijo, muerto hace un año.

— ¡Oh, la infame! exclamé. Ha tenido un hijo. — Y acaso dos más, como que hace cuatro años que se casó, balbuceó la Muerte, riéndose todavía.

Al oír estas palabras, se doblaron mis huesos inertes, y caí al fondo de mi ataúd.

De repente, oí la misma voz que me decía: — Levántate y mira, no te pesará, tu eres el ingrato.

Podría ser ella... Hice un esfuerzo imponderable, me enderecé y miré por la grieta.

Una mujer con la cabeza cubierta de cabellos blancos, vestida de negro, y con una corona en las manos, de rodilla gemía sobre el césped que rodeaba mi tumba. De pronto alzó los ojos, unos ojos tristes y turbios, y un



JULIO FLOREZ

raudal de lágrimas purísimas resbaló por su faz arrugada; abrió sus labios trémulos y con el timbre más puro que había escuchado sobre la tierra llegó hasta mí esta frase: ¡Mijo mío!...

Era mi madre.

Julio FLOREZ

Acaba de aparecer:

La Organización Nacional

por M. A. Pelliza

\$ 2 mpa.

En todas las Librerías

Una luciérnaga de Larreta

Espejismos del crítico Jean Paul

Nuestro indiscreto colega "La Nación" al dar, como ya sabemos, una artística fantasía de Enrique Larreta, titulada "La Luciérnaga", ha cometido el plancha de confiar su presentación a un distinguido crítico teatral, el señor Jean Paul, quien ha cumplido con su deber de cortesía sin percatarse de lo que tenía entre manos, o sea: a pesar de percatarse.

Existe un género especial de crítica que consiste en no leer las obras criticadas, guiándose por el título.

Si alguien la aplicara en este caso! Por una irresistible tentación de la memoria: ¡Ay! cuán injusta a veces! — el tal crítico recordaría las memorables "Luciérnagas" de Gabriel Carrasco, cuyo comentario dió vellebridad en un día a Enrique Capelle, entonces director de "La Nación"; pero, a simple inspección del objeto, no obstante brillar en verno como la de su antecesor, se advierte que está llamante Luciérnaga pertenece a distinta especie luciferina. Se trata de una Luciérnaga solitaria, de vasta superficie luminosa, que irradia más luz que todas las de Carrasco, a punto de parecer más bien llamativo farol que efímero insecto; y como su argumento se desenvuelve en la época de Rosas, ante carcerales con traje, chiripá y gorro de manga encarnados (según prescriben las acotaciones), la diferencia se acentúa substancialmente: en el colorido, pues en vez de humildes luciérnagas de pálido celeste creemos hallarnos en presencia de un aparatoso farol colorado.

Muy de alabar parecemos que el señor Larreta, haviendo de narrar en su noble estilo paisajes y costumbres de otras tierras, haya honrado al fin con su atención a nuestro desvalido país, escogiendo para su rojo luciérnaga el escenario altamente dramático de la tiranía rosina. No creemos que ello le abaje mucho, ya que igual tentación teatral tuvieron el redivivo Echagüe, el ampuloso Peña y el abundante García Yelloso, amén del incógnito Groussac y sin tomar en cuenta tres o cuatro docenas de autores.

Todos aquellos, en efecto, y en verso lo más, han legado a la posteridad su dramita rosino, guando tal vez sobreviviera a todos el inspirado "Luz de Luna y Luz de Incendio", que estrenó en su juventud el meritísimo Martín Coronado. El ver a Larreta por estos caminos resulta justamente al inexorable crítico Jean Paul, cuando termina su presentación con estas secudas palabras: "Huelo que vuelva el hijo prodigo a beber las aguas vivas de la Tierra maternal". Pues, en efecto, "hay en nuestro ambiente, en nuestra historia, en nuestras costumbres, viva materia de arte y poesía". En una palabra, justo declarar que el las pálidas luciérnagas de Gabriel Carrasco no carecían de color local.

Oficial de afilador, me parece el tiempo pierdes" — el farol colorado de Enrique Larreta tampoco carece de él. — "Sé que hasta el tigre en la cueva quiere amor". — siendo en fin tan frecuente divisar las unas como el otro en los suburbios melancólicos de las poblaciones argentinas.

Echémosle llave a la indiscreta memoria. Larreta llama a su pieza teatral en un acto "cuento romántico"; cuento es, ciertamente, y romántico a carta cabal. Desligado de toda verosimilitud histórica, el cuento de Larreta gira en torno de una sencilla fábula, artísticamente desmenu-

la; sus versos, buenos pero artificiales, revelan mucho ingenio para versificar, pero están exentos de liricidad; no se trata de poesía sino de excelente prosa metrificada. Trátese, en efecto, de un escritor cultísimo, incapaz de escribir mal, ni aun queriéndolo; pero no es lirico el señor Jean Paul decimos que "un artista de profunda sensibilidad" es alónimo de "poeta de alma ardiente y conmovida"; Larreta es artista del estilo y no es poeta; sabe hacer versos excelentes, pero no versados en momento alguno por una emoción de poesía. El artista cineasta, a punta de burla; el poeta vuela, a golpe de ala.

A fuer de justos sólo elogios podríamos prodigar al señor Larreta, ya que de él no esperábamos buena poesía, descubierta por Jean Paul, sino los refinados versos explicables por sus antecedentes; pero debemos agregar también que, en más de un punto, admiramos la excelencia de las imágenes que emplea nos guardamos de confundir con el estilo poético.



ENRIQUE LARRETA

En suma, como trabajo literario, nos place la Luciérnaga de Larreta; creemos que su publicación ha sido perjudicada por los improprios elogios con que el señor Jean Paul la ha precedido, perdiendo una buena oportunidad para no firmar el pernicioso reclamo, reducido por lo demás a veinte líneas al se exceptúa el resumen del argumento. ¡Para qué establecer en la exclamación: "Poder maravilloso del poeta, que comunica a las ajenas la recóndita vibración del alma propia!"? ¡Quedará complacido el señor Larreta con que le atribuyan tal maravilloso poder! No hubiera holgado recordar el pensamiento de La Bruyère: "Los hombres que gustan de alabanzas desmedidas nunca están satisfechos de las que se les prodigan"; así que no gustan de ellas se sienten ofendidos de que se les confienda con los otros". Muestra, pues, señores críticos, mucha mesura.

Vamos a la consideración de "La Luciérnaga" dentro del género dramático, técnicamente: En cierto modo, Larreta se cubre de antemano al llamarla "cuento romántico"; en tal caso nada habría que decir, pues nos hallaríamos en presencia de una simple fantasía literaria, cuyo valor artístico nos satisficiera. Pero es el caso que el señor Jean Paul, especialista en crítica teatral y autor de varios libros sobre la materia, se empeña en dejar mal a Larreta con sus excesos laudatorios. Dice, nada menos, que por su calidad artística, "La Luciérnaga" "está llamada a marcar una fecha en el desenvolvimiento del teatro nacional", y que

con ello "el teatro nacional se incorporará las más altas y nobles producciones líricas con que pueda contar hasta el presente". Y no se crea que ésta es una frase escapada de entre los puntos de la pluma, el señor Jean Paul se explica: "La más alta, porque su lirismo no es, como casi siempre fué, vana retórica, sino sincera turbación del espíritu ante lo incierto y frágil de nuestro destino. Lo más noble, no ya solamente por su límpido y armonioso verbo, ni por su composición de líneas clásicas, sino también por su filosofía". Es que la más alta porque su lirismo no es lírico sino racional y la más noble porque tiene una composición de líneas clásica a pesar de titularse cuento romántico. Aparte, naturalmente, de su filosofía.

Filosofía aparte — ¡a qué llamarán hoy filosofía! — debemos declarar que la Luciérnaga de Larreta nos parece una malísima composición dentro del género dramático y creemos que no marcará fecha alguna en la historia del teatro nacional, aunque tal vez, su estreno la marque en la "vida social literaria", es decir, en la literatura aplicada a la vida social, como llamamos por aquí al mundanal ruido.

La trama del argumento, sobre no ser nuevo, es casi infantil; un Don Juan insatisfecho de su esposa, está en la cárcel y acaba por enamorarse de una desconocida que está en la celda contigua y resulta ser su propia esposa; una de sus amadas lo libra de la prisión y se resigna a verlos irse juntos. No hay novedad en que la amada sea Manuella Rosas, pues en no menos de cinco producciones teatrales argentinas figura Manuella enamorada de un unitario a quien salva la vida.

Técnicamente es un desastre. Desde el primer larguísimo monólogo, el público se hartaría de la pieza, que en lo demás se reduce a tres o cuatro largos diálogos explicativos del asunto, hasta rematar en el breve monólogo final de Manuella que, ese sí, nos parece delicado, lleno de ternura y de emoción, aunque sin originalidad.

Teatralmente — que es otra cosa — la Luciérnaga de Larreta podría alcanzar un modesto éxito, proporcional a las condiciones de los intérpretes y a las calidades del decorado. En este sentido, sin embargo, no creemos que pueda durar tanto en el cartel como otras obras verdaderamente "teatrales" de igual época rosina, por el estilo de la "Amalia" de Julio Castellanos y la "Manuella Rosas", de Ed. Rossi, que actualmente llega al centenario de representaciones en el teatro Marconi. Acaso pueda Larreta encontrar una Manuella — menos jamona que Blanca Podestá, pero su asunto no permitirá que el decorado igualé al del Marconi, lo que sin duda podría salvar el espectáculo, agregado al prestigio mundano y literario del autor.

Probable es que el señor Larreta, a quien tanto admiramos como prodador exquisito y maestro del estilo, se asombre de que su inocente "cuento romántico", sin pretensiones de obra dramática, motive comentarios que juzgará extemporáneos. Si tal cosa ocurriera — cosas verdades, al fin y al cabo — culpe de ello a nuestro distinguido colega "La Nación", que tuvo el poco tacto de confiar a un crítico teatral la presentación de su Luciérnaga.

Basil H. PRESILLA

LA CULTURA ARGENTINA

acaba de reimprimir

FACUNDO

por Domingo F. Sarmiento

\$ 1 mpa., en todas las Librerías